FRATERNIDAD ABIERTA A TODOS SOBRE LA ENCÍCLICA *FRATELLI TUTTI*, DEL PAPA FRANCISCO

José Francisco Yuraszeck Krebs, SJ

Escribo estas palabras tras haber acogido la invitación que me hicieran tiempo atrás las personas de dos comunidades muy queridas, que a su vez están profundamente implicadas. Me refiero al equipo de trabajo de la Casa San Benito, que se ocupa de ofrecer un espacio de formación, encuentro y cultivo de las artes, para niños, niñas y adolescentes, y sus familias, de la localidad de La Isla, y a la comunidad de hermanas del Monasterio Benedictino de la Asunción de Santa María, en Rengo, ambas de la Región del Libertador Bernardo O’higgins, Chile, ubicadas a pocos kilómetros de distancia una de la otra.

En ambos lugares me invitaron a compartir una reflexión tras mi lectura de la encíclica *Fratelli Tutti*, lo que acepté con gusto. Como sabemos, esta fue dada a conocer por el papa Francisco en vísperas de la fiesta de su patrono, Francisco de Asís, el pasado 3 de octubre de 2020. Tras esos encuentros, que ocurrieron la semana del 8 de noviembre de 2020, he dejado por escrito estas reflexiones, que no tienen otro propósito más que despertar el interés por la lectura de *Fratelli Tutti*. Agradezco la invitación de *Cuadernos Monásticos* a compartirlas. Vinculado a ambos espacios visité también por esos días la Hospedería San Benito, del Hogar de Cristo.

Mi vínculo con el Monasterio Benedictino de la Asunción de Santa María viene precisamente del compromiso que las hermanas tienen con la Hospedería San Benito del Hogar de Cristo en Rengo, que ya tiene 26 años. Atentas a la necesidad de personas en situación de calle que golpeaban sus puertas, surgió la propuesta de asociación y vínculo que ya va para las tres décadas. Aún tengo en

mi memoria la celebración de los 25 años en septiembre del año pasado: tras orar y traer al presente recuerdos de personas y momentos relevantes de esta historia de amor, en el Templo del Monasterio, pasamos al refectorio, a una cena que, a mi modo de ver, se asemeja mucho a la Mesa del Banquete del Reino que nos espera a todos en el cielo. Aprovecho entonces también estas líneas para agradecer el compromiso y cariño de las hermanas del Monasterio, en el que me parece se hace vida buena parte del ideal de hospitalidad y fraternidad, que el mismo papa Francisco nos invita a vivir en la carta *Fratelli Tutti* (FT), haciendo referencia precisamente a la *Regla* de san Benito (FT 90).

Espero que estas líneas escritas con cariño les motiven a leer por Uds. mismos la encíclica, y puedan sacar algún provecho en ello para Uds. y sus comunidades.

1. Una eterna novedad

Lo primero que es conveniente señalar es que quien quiera encontrar en esta encíclica algo súper novedoso y deslumbrante, se va a decepcionar. La encíclica no nos ofrece muchas novedades, sino más bien una profundización de invitaciones ya hechas desde antiguo a todos quienes nos decimos cristianos, y que por cierto trascienden con mucho las fronteras de la Iglesia. Son invitaciones de profunda humanidad, en la clave de la redención operada en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, Hijo de María y de José de Nazaret.

Un buen número de las citas bibliográficas, que abundan, son referencias a documentos y discursos anteriores del mismo papa Francisco. Valga la constatación de que la encíclica tiene 287 párrafos numerados, además de dos oraciones conclusivas, y 288 son las notas al pie de página con referencias a escritos, discursos o hasta canciones que la inspiran. Es el caso de la *Samba de la Bendición*, de Vinicius de Moraes, que canta: “La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida” (FT 215). Entonces el Papa nos insiste en la invitación a construir una nueva cultura, en que el encuentro, la amistad social y la fraternidad con todos sea el horizonte hacia el que caminemos, a partir de la conciencia creyente de que Dios es amor, y que la fe trinitaria tiene hondas implicancias comunitarias, sociales y políticas.

Inscrita dentro de las encíclicas sociales –ese largo corpus de documentos magisteriales inaugurados con la *Rerum Novarum* (De las cosas nuevas), de León XIII en 1891– esta carta continúa también con el estilo del papa Francisco, ya conocido particularmente en sus anteriores documentos: la exhortación apostólica publicada tras el cierre del año de la Fe, *Evangelii Gaudium* (La Alegría del Evangelio) de noviembre 2013, y ante todo de la encíclica *Laudato Si'* (Alabado Seas) de mayo de 2015. Ciertamente es que la doctrina social de la Iglesia no se inicia a fines del siglo XIX: ya en la larga tradición judeo-cristiana, en la predicación y enseñanza de los primeros cristianos y de los padres de la Iglesia, en la vida de los santos y santas a lo largo de los siglos, están presentes numerosas exhortaciones, principios y testimonios que orientan la vida social y política, las relaciones entre personas y grupos, atendiendo al contexto particular de un tiempo y lugar determinado. Esta riqueza y sabiduría milenaria también está recogida en la carta.

En la *Evangelii Gaudium* el foco ha estado puesto en recuperar la alegría en el anuncio y la vivencia del Evangelio, con sus implicancias comunitarias, sociales y políticas, tras un fecundo Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. En *Laudato Si'* el pórtico ha sido el encuentro de Francisco con el patriarca ortodoxo Bartolomé, y el contenido primordial la invitación a cuidar la casa común, comprendiendo las situaciones críticas del presente como una sola crisis socio-ambiental, en sus alcances locales y planetarios. En *Fratelli Tutti*, el portal ha sido doble: por un lado la memoria del encuentro de San Francisco de Asís con el Sultán Malik-el-Kamil, en Egipto, y luego el encuentro del papa Francisco con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, en Abu Dabi el año 2019.

En los dos últimos documentos los títulos son expresiones muy conocidas de Francisco de Asís, pronunciadas en italiano (lo que es un detalle que algo dice, pues todas las anteriores encíclicas son conocidas por su nombre en latín). Si en *Evangelii Gaudium* la invitación se dirige ante todo a los miembros de la Iglesia Católica, en *Laudato Si'* la perspectiva es ecuménica, de diálogo y encuentro con todos los creyentes en Cristo. En cambio en *Fratelli Tutti* la apertura es más universal, pretende alcanzar a toda la humanidad, en perspectiva interreligiosa. Se puede entonces observar una cierta progresión de ideas, y un ajuste en el alcance y destinatarios, aunque con una invitación de tono similar, en la que se profundiza.

2. Un nuevo sueño de fraternidad

Para comprender el mensaje fundamental de este documento, es bueno acudir a sus mismas palabras, en lo que se refiere a su propósito: quiere ser esta carta “un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar e ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras” (FT 6). Resuenan en estas palabras las dinámicas de la cultura del descarte denunciada en distintos foros y documentos por Francisco, con una invitación que renueve la esperanza, de algún modo utópica, de una fraternidad universal. De otras formas explicita lo que lo mueve: “que la sociedad se encamine a la prosecución del bien común y, a partir de esta finalidad, reconstruya una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano” (FT 66).

El mismo Papa se excusa de ser algo repetitivo, como quien martilla el mismo clavo varias veces. Lo que lo moviliza es el diálogo, y poder juntar en una sola carta reflexiones compartidas en distintos espacios de los últimos años. Ya lo señalábamos: la mayor parte de las citas presentes en la encíclica son del mismo papa Francisco.

Le preocupa que de algo tan sabido –el mandamiento del amor a Dios y al prójimo– no se saquen las conclusiones y concreciones para la vida en común: “es importante que la catequesis y la predicación incluyan de modo más directo y claro el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para acoger a todos” (FT 86).

La carta encíclica está estructurada –espero no forzar demasiado las cosas– casi como un bloque de oración de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Quienes los han practicado en distintas modalidades van a entender a qué me refiero: tras una breve introducción a modo de preámbulo en que se explicita la gracia a pedir (el propósito declarado en los párrafos precedentes) viene un primer capítulo –Las sombras de un mundo cerrado– en que se hace una composición de lugar, enumerando distintos rasgos del contexto presente, en distintos niveles: la dificultad para conjugar el “nosotros”, expresado en una cultura de descarte mundial y en el poco cuidado y respeto por los derechos humanos; la ausencia de un rumbo común en un mundo globalizado e interconectado; las distintas expresiones de desprecio por la dignidad humana que abundan por doquier.

Culmina este capítulo con un llamado a la esperanza, esa virtud a veces esquivada, particularmente considerando la pandemia del coronavirus y sus efectos tanto a nivel local como planetario (FT 54-55).

En el segundo capítulo –Un extraño en el camino– el Papa desmenuza catequéticamente la parábola del Buen Samaritano del capítulo 10 del Evangelio según San Lucas, como modo de iluminar las sombras mencionadas. Incluye una profunda invitación a recomenzar (FT 77-79), emprender de nuevo el camino, si es que hemos perdido el rumbo. Destaca la valoración que se hace en la parábola a la persona del extranjero, probablemente desconocedor de la Ley, pero que se hizo prójimo del herido abandonado. Esto tiene particular relevancia en el momento presente, en contexto de gran aumento de las migraciones forzadas, con todos los desafíos que implica para los países y comunidades, en lo que tiene que ver con la acogida, la inclusión, la valoración de las distintas culturas e identidades, entre otras cosas.

Los siguientes cinco capítulos –Pensar y gestar un mundo abierto; Un corazón abierto al mundo entero; La mejor política; Diálogo y amistad social; Caminos de reencuentro– son como puntos de oración, en los que se nos invita a profundizar y sacar algún provecho, abordando las distintas sombras mencionadas y señalando posibles líneas de acción para iluminarlas. Al acercarse a estos capítulos en una actitud orante, vale la pena recordar la segunda anotación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola: “No el mucho saber harta y satisface al *anima*, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”.

El último capítulo –Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo– vuelve sobre la gracia a pedir, retomando el encuentro del papa Francisco con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb y cierra haciendo memoria de algunos próceres –san Francisco de Asís, Charles de Foucauld, Martin Luther King, Desmond Tutu, Mahatma Mohandas Gandhi– invitando finalmente a elevar una oración al Creador, y ofreciendo una oración cristiana ecuménica.

3. Dos tipos de personas

El gran marco de interpretación de la realidad que ofrece el papa Francisco es la parábola del Buen Samaritano, que encontramos en el capítulo 10 del Evangelio de Lucas. Dedicará todo el segundo capítulo, que como decíamos

se titula “Un extraño en el camino”, a una extensa catequesis sobre este pasaje, actualizándolo a las dinámicas del presente. El lente con que nos invita a mirar el Papa nuestros modos de relacionarnos, es el de la parábola del Buen Samaritano.

El mensaje principal es que uno a uno, desde abajo, sin esperar mucho de los que nos gobiernan, podamos cada día recomenzar, poniendo particular atención a quienes por distintas razones están malheridos al lado del camino (FT 77-79). Se trata de mirar cómo nos relacionamos cada día con quienes están cerca. Curar las heridas, las personales, las colectivas. Hacernos cargo unos de otros. Construir fraternidad y amistad social.

Tanto en la Parábola del Buen Samaritano como en la del Juicio Final (Mt 25,31 ss.), a la que también alude, se nos presentan dos tipos de personas: las que se hacen cargo del dolor y procuran aliviarlo; y las que pasan de largo, ya sea viendo al herido, ya ignorándolo (FT 70; 84-85).

Son importantes los verbos utilizados. En el caso del Sacerdote, del Levita y del Samaritano, los tres ven al herido. Los dos primeros pasan de largo, en cambio el tercero se detiene y se hace cargo. Habría que considerar tal vez un tercer tipo de personas, el que ni siquiera ve, el que ni siquiera se entera de lo que ocurre, el que tiene cerrados los sentidos más allá de su propio querer e interés.

En la invitación más amplia que brota de la parábola hay otros verbos importantes, que dicen relación con el detenerse. El primero de ellos es dar tiempo (FT 63): “Uno se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: le dio su tiempo”. Junto a ello, y un poco más adelante en la carta, dar voz, escuchar. Se refiere el Papa a algunos grupos en nuestras sociedades que son tratados como extraños, que no se les reconoce una ciudadanía plena, particularmente las personas con discapacidad o los ancianos: “me permito insistir, tengan el valor de dar voz a quienes son discriminados por su discapacidad, porque desgraciadamente en algunas naciones, todavía hoy, se duda en reconocerlos como personas de igual dignidad” (FT 98).

Se trata de evitar los encierros en un grupo de socios, que se cuidan entre sí y cuidan solo sus propios intereses que son los que les aglutinan, buscando diferenciarse de los demás y haciéndose útiles en un grupo cerrado. Esto vale a nivel local, también a nivel planetario, en los distintos clubes que agrupan

personas, instituciones y países. El levita y el sacerdote, en atención a la función que desempeñaban, no son capaces de detenerse. No consideran al abandonado al lado del camino un otro digno de su tiempo o atención. Por el contrario, la parábola invita a reconocer en todo prójimo, a un cercano, un hermano o hermana, y en buscar en esa apertura a todos una contribución decidida por el bien común (FT 101-102).

4. Lo global en lo local

Permítaseme una referencia a mi país, desde donde escribo estas letras. Lo hago porque es el lugar desde donde participo en la vida de la Iglesia, pero ante todo porque el mismo papa Francisco hace referencia a Chile, específicamente en dos párrafos de la introducción.

El primero es la visita apostólica que realizó en enero del año 2018, en el marco del fin del segundo gobierno de Michelle Bachelet, y en medio de la crisis más grande que ha sufrido la Iglesia en Chile en su breve historia. Se refirió ahí al sentido de proceso histórico, que va cimentando los siguientes pasos sobre los ya conquistados. “Cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos” (FT 11, papa Francisco en Chile el año 2018).

La segunda referencia es de varias décadas atrás: utiliza parte de una homilía del entonces Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en el *Te Deum* ecuménico realizado con motivo de las fiestas patrias, en septiembre del año 1974, un año después del golpe de Estado que dio inicio a la dictadura presidida por Augusto Pinochet. En el marco de una reflexión sobre la colonización cultural, invita a no olvidarnos de que “los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política” (FT 14).

Ambas referencias nos sitúan en otras de las preocupaciones permanentes del papa Francisco. La valoración del tiempo, de la gradualidad y de los procesos, del avance de la historia que se da en cada acción fecunda, que posibilita la siguiente. Y también su atención a hacer presente lo global en lo local, y viceversa, cuidando la propia identidad, el alma, lo más propio del ser, que se ve arriesgado por nuevas formas de colonización que pueden provocar alienación.

5. La sagrada hospitalidad

En la catequesis del capítulo segundo, destaca el papa Francisco el rol del hospedero en la parábola, que tras la primera acción del buen Samaritano, es quien se encarga del cuidado de quien está malherido. Desde acá brota la invitación a la colaboración y organización para promover una cultura de hospitalidad, pues nadie consigue mucho si lo que hace lo hace solo (FT 78).

Con una conciencia de que nunca se sabe en qué circunstancias nos encontraremos en el futuro, la sabiduría popular ha acuñado el refrán “Hoy por ti mañana por mí”. Francisco hace referencia a la costumbre de pequeñas poblaciones que sobrevivían en zonas desérticas, y que tenían por sagrada la atención al forastero que venía de paso, precisamente por saber que de no recibirlo y acogerlo hospitalariamente, corría riesgo su vida. De modo similar se nos recuerda que en la *Regla* de san Benito está presente el mandato de tratar con el máximo cuidado y solicitud a los pobres y peregrinos, aunque desestructurara la vida y costumbres del monasterio (FT 90). En sentido amplio he aquí una invitación a trascender, salir de sí mismo, más allá de la zona de confort de un pequeño grupo de relaciones estables y gratificantes, para encontrarse con el otro, pues somos con otros (FT 88-89).

En el mismo sentido se exalta el valor de la solidaridad, y la importancia de educar en ella, desde la primera infancia (FT 114). Somos responsables de cuidar a los demás en su fragilidad, desplegando diversas formas de servicio bien concretas (FT 115). Ante los miedos que legítimamente pueden provocar las diferencias o hasta la incomprensión del otro que se acerca, una tentación es el repliegue, otra la violencia. Una sana apertura nunca atenta contra la identidad, crea lo nuevo, y eso no debiera ser una amenaza (FT 148). Al constatar la interdependencia vital que tenemos todos los seres humanos, en comunión con la creación, urge levantar la cabeza y conjugar más la primera persona del

plural. Nosotros. Eso permite que se reconstruya el tejido social en los barrios y vecindarios, para hacerle frente al miedo que repliega, a la violencia que destruye, al narcotráfico que consume las vidas de tantos y corrompe las estructuras de la sociedad. Nos necesitamos los unos a los otros para sobrevivir, y cultivar una cultura de hospitalidad es tal vez uno de los pasos fundamentales que hemos de dar a todo nivel, también entre los vecindarios de países cercanos (FT 150-153).

6. Rehabilitar la política

Dedica varias páginas el papa Francisco –también en sus anteriores escritos– a valorar la política como el acto más sublime de caridad (FT 154-197). Primeramente advierte los riesgos de los populismos e inmediateismos, así como de ciertas concepciones liberales que subvaloran los lazos comunitarios y culturales, exacerbando el individualismo; pero, ante todo, valora profundamente la política que integra y reúne, y que gesta procesos fecundos que hacen más digna y feliz la vida de las personas. A quienes se dedican a la política les invita a hacerse algunas preguntas, como un ejercicio espiritual de examen de conciencia: «Después de unos años, reflexionando sobre el propio pasado la pregunta no será: “¿Cuántos me aprobaron, cuántos me votaron, cuántos tuvieron una imagen positiva de mí?”. Las preguntas, quizás dolorosas, serán: “¿Cuánto amor puse en mi trabajo, en qué hice avanzar al pueblo, qué marca dejé en la vida de la sociedad, qué lazos reales construí, qué fuerzas positivas desaté, cuánta paz social sembré, qué provoqué en el lugar que se me encomendó?”» (FT197).

En tiempos de gran descrédito, esta comprensión de la actividad política como el más sublime acto de amor (FT 180-182) es otra insistencia del papa Francisco. Se trata de la política puesta al servicio del verdadero bien común, con particular atención a los que van quedando al margen del progreso y la comunidad. Y para que tal atención sea estable y duradera, urge forjar instituciones, tanto a nivel local como planetario. “Ante tantas formas mezquinas e inmediateistas de política, recuerdo que la grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo. Al poder político le cuesta mucho asumir este deber en un proyecto de nación y más aún en un proyecto común para la humanidad presente y futura” (FT 178).

Retomando las enseñanzas de tiempos totalitarios, cuando los Estados ahogaban la libertad y pretendían controlar cada movimiento ciudadano, valora también en su carta a las Organizaciones no Gubernamentales y otras organizaciones que ante la debilidad de la comunidad internacional y de los propios estados demuestran mayor agilidad y eficacia al momento de hacer operativa la compasión. Es el principio de Subsidiariedad bien comprendido, “que garantiza la participación y la acción de las comunidades y organizaciones de menor rango, las que complementan la labor del Estado. Muchas veces desarrollan esfuerzos admirables pensando en el bien común y algunos de sus miembros llegan a realizar gestos verdaderamente heroicos que muestran de cuánta belleza todavía es capaz nuestra humanidad” (FT 175).

Se trata, también en la esfera política, de crear instituciones, tanto públicas como privadas, que hagan posible el amar con ternura (FT 194), o dicho de otra manera, que en el trato cotidiano entre todas las personas seamos capaces de recuperar la amabilidad (FT 222-224) reconociendo las implicancias sociales y políticas del actuar personal.

7. Contra las trincheras, sectarismos y fundamentalismos

Finalmente, pero no menos importante, es el broche de la carta, que está relacionada con el rol de las religiones ante el anhelo de una fraternidad universal. Por el lado de los riesgos que advierte, destaca el que no baste tan solo el respeto, la diplomacia o la mera tolerancia, en el encuentro de personas de distintas culturas o tradiciones religiosas (FT 271).

Por el lado de las invitaciones está el llamamiento que ha hecho junto al Gran Imán Ahmad Al-Tay-yeb, y que reproduce casi íntegro. Tomo tan solo algunas notas: “En el nombre de Dios (...) de la inocente alma humana que Dios ha prohibido matar (...) de los pobres, de los desdichados, de los necesitados y de los marginados (...) de los huérfanos, de las viudas, de los refugiados y de los exiliados de sus casas y de sus pueblos (...) de la *fraternidad humana* que abraza a todos los hombres, los une y los hace iguales (...) de la libertad (...) de la justicia y de la misericordia, fundamentos de la prosperidad y quicios de la fe (...) asumimos la cultura del diálogo como camino; la colaboración como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio” (FT 285).

Al concluir estas notas de lectura acompañadas de algunas reflexiones, les dejo las mismas dos oraciones con que el Papa culmina la carta: una dirigida al Dios creador, la otra al Dios de Jesucristo, en clave ecuménica. En ellas se sintetiza el anhelo de una fraternidad universal, abierta a todos, que es la invitación que nos hace de principio y a fin. Tenemos mucho que poner de nuestra parte, y también mucho que rogar para que se nos concedan las gracias que necesitamos para avanzar y ser fecundos en estos caminos de encuentro.

Oración al Creador

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno,
sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras.
Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno,
para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas. Amén.

Oración cristiana ecuménica

Dios nuestro, Trinidad de amor,
desde la fuerza comunitaria de tu intimidad divina
derrama en nosotros el río del amor fraterno.
Danos ese amor que se reflejaba en los gestos de Jesús,
en su familia de Nazaret y en la primera comunidad cristiana.
Concede a los cristianos que vivamos el Evangelio
y podamos reconocer a Cristo en cada ser humano,
para verlo crucificado en las angustias de los abandonados
y olvidados de este mundo
y resucitado en cada hermano que se levanta.

Ven, Espíritu Santo, muéstranos tu hermosura
reflejada en todos los pueblos de la tierra,
para descubrir que todos son importantes,
que todos son necesarios, que son rostros diferentes
de la misma humanidad que amas. Amén.

padrepepe@hogardecristo.cl